

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8636

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no respunde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 30 de Octubre 1888.

SEDERIAS **La China** **Lanas finas**

CENTRO DE NOVEDADES

Villas y Sánchez
Marina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas

Lanas inglesas para caballero

CONFECCIONES

NERINDOS **Terciopelos** **ENCAJES**

LA CAJA DE PROVISION OBRERA

Como la situación y el porvenir de los obreros que prestan sus servicios en los Departamentos es igual, lo mismo en Cartagena que en la Carraca, y que en el Ferrol, reproducimos á continuación algunos párrafos de un artículo que *El Departamento de San Fernando* publica, y acerca de los cuales no podemos menos de hallarnos en un todo conformes.

Desgraciadamente es harto mezquina la protección que el Estado dispensa á esos humildes obreros, fieles servidores de la patria. Así es que las maestranzas, dirigiendo su vista hacia el porvenir, están en el caso de organizar los medios conducentes á fin de que, cuando esa protección les falte ó no sea suficiente para subvenir á sus atenciones, encuentren un auxilio poderoso que supla aquellas deficiencias.

Y esto sólo se consigue creando asociaciones y Cajas de ahorros como se trata de hacer en San Fernando.

Hé aquí ahora lo que dice el colega andaluz:

«No hace mucho tiempo, nos lamentábamos del injusto procedimiento usado por el Estado con sus antiguos servidores del Arsenal de la Carraca.

Infelices y débiles ancianos, después de dedicar toda la vida al beneficio de la patria, alcanzando la vejez del obrero, prodiga de achaques y pesares, y falta de medios suficientes para crear el porvenir de la familia, obtuvieron como única recompensa á sus dilatados servicios, el ser expulsados de los talleres, en donde desde su más tierna edad, contribuyeron con su inteligencia y sus brazos al engrandecimiento de nuestra Marina, consumiendo la savia de su vida en tamaña empresa.

El Estado los abandonó en aquellos momentos en que más necesidad tenían de protección y apoyo.

Los admitió á sus servicios, jóvenes, ricos de salud y de ilusiones, animados de las doradas esperanzas de la juventud, con las que se realizan milagros, obtuvo de ellos toda su actividad, su iniciativa toda, despidiéndolos apurados por los años, faltos de salud, débiles de fuerzas é incapaces de prepararse el sustento con el honrado trabajo.

¡Qué triste situación la de esos honrados

obreros, pocos momentos después de ser abandonados por el Estado!

Los unos avergonzados como el que comete acción denigrante, se escudaban en las sombras de la noche, alargando sus manos, aquellas manos que habían ennoblecido cuarenta años de trabajo, para implorar una limosna. Otros, con la desesperación en el alma, secas las fuentes de la esperanza, se arrojaban entre los carriles de la vía férrea, para ser despedazados a paso de un tren.

¡Horrible sarcasmo de la suerte! ¡Triste é injusto desenlace de una vida laboriosa y honrada!

Muy pocos servidores del Estado poseen porvenir tan incierto como las maestranzas de nuestros arsenales. Se utilizan sus trabajos mientras son aptos, pero se les despide cuando la edad debilita sus fuerzas, ó los achaques y padecimientos de una existencia agitada, los imposibilita para continuar sus servicios.

Y no es lo más lamentable que el Gobierno abandone á la miseria y á la desesperación á esos infelices obreros, sino que es ilusorio esperar del Estado remedio tan gran injusticia creando jubilaciones para el personal de sus maestranzas, que por el tiempo de servicio y por su laboriosidad se hagan acreedores á ella.

Desde luego creemos que las clases obreras tanto civiles como de Marina, deben esperar su porvenir de sus propias fuerzas, sin esperar de los Gobiernos, que si afectan resolver los problemas sociales, hacen muy poco para conseguirlo.

En nuestro criterio, las clases trabajadoras deben contribuir aisladamente, sin recursos extraños, á crearse fondos de reservas, en cajas especiales, para subvenir á las necesidades de los inválidos ancianos del trabajo.

Esta idea, iniciada por el alcalde de esta ciudad Sr. Rodan, en el acto del reparto de premios á los alumnos de las clases del Centro de obreros, ha encontrado en esa Sociedad poderoso eco, y muy en breve se llevará á la práctica un proyecto para la creación de una Caja de provisión obrera, que hará imposibles los dolorosos sucesos que recientemente se han registrado en esta ciudad.»

Variedades.

A MI QUERIDA Y HERMOSA SOBRINA MARIA LUISA CAPISTROS

Pido á Dios la inspiración,
y á las musas, la armonía;
te quiero ofrecer María,
fibras de mi corazón.

Quisiera creas muy poco,
para escuchar mis consejos;
pues en verdad que los viejos
tenemos algo de loco.

Un trabajo he prometido
dedicarte; y con exceso,
imprimo en tu frente un beso,
y empiezo mi cometido.

Eres criadilla hermosa
que caminas á la vida;
hey la infancia te convida
con sus ensueños de rosa.

Llegarás á comprender
lo que te dicen mis labios,
cuando dejes tus resabios
proclamándote mujer

Es de armiño tu belleza:
tan pura, como ese sol
que entre nubes de arbol
ilumina tu cabeza.

En tí reinará la calma
pues tienes buen corazón:
escucha triste canción
que te dedica mi alma.

Rinde culto á la verdad,
y no escuches vida mía,
esa torpe hipocresía
que reina en la sociedad.

Pues ella forja los lazos
de la triste esclavitud:
pide á Dios que la virtud
te cobije entre sus brazos.

Lleva con resignación
los desengaños del mundo:
que la vida es un segundo,
tan sólo de expiación.

Ampara, sí, al desvalido
pues lo ha de menester;
que es tan humilde su ser,
como humilde es el vencido.

Del que adula, desconfía;
pues acaso al adularle
es sólo para humillarte.
¡Este es el mundo, Macía!

Y así con palabras finas,
párdonale sus querellas:
que las flores, con ser bellas,
tienen también sus espinas.

DAVID PARDO GIL.

Madrid y Octubre.

EL FIN DE UNA MONARQUIA.

(DE ALEJANDRO DUMAS, PADRE.)

(Conclusión.)

El rey Jorge, que dominaba el campo de batalla, como una estatua ecuestre, había sido reconocido; las granadas estaban haciendo en las patas de su caballo.

—Señor,—le dijo el oficial de estado mayor, que tenía su montura,—sería bueno buscar un sitio un poco más lejos del campo de batalla.

—¿Por qué?—preguntó el rey.

—Las granadas llegan hasta vuestra majestad!

—¿Qué importa? ¿No estoy en todas partes en manos del Señor?

El príncipe real se acercó á su padre.

—Señor,—le dijo,—los prusianos avanzan en masa hacia el Ustrut, á pesar del fuego de la artillería.

—¿Qué hace nuestra infantería?

—Marcha al encuentro del enemigo para tomar la ofensiva.

—Y... ¿marcha bien?

—Como en una parada, señor.

—Las tropas hannoverianas han sido otras veces excelentes tropas; en España han tenido en jaque á lo mejor de las tropas francesas. Ahora que combaten en presencia de su rey, serán dignas de sí mismas, así lo espero.

En efecto, toda la infantería hannoveriana, formada en columnas de ataque, avanzaba bajo el fuego de las baterías prusianas, con la calma de tropas veteranas habituadas al fue-

go. Luego de haberse asombrado un momento de la granizada de balas que hacían llover sobre ella los fusiles de aguja, había seguido su marcha, y después de atravesar las aguas pantanosas del Ustrut, caló la bayoneta hacia los grupos de árboles donde se había refugiado el enemigo y luchaba cuerpo á cuerpo con él.

Se instruí al rey de las peripecias de la lucha.

—Corred á decir á la caballería que cargue—dijo á un capitán de estado mayor.

—¡Hurra!

Un instante después se oyó como un huracán. Eran los coraceros de la guardia que cargaban.

Sería imposible describir el entusiasmo de aquellos hombres al pasar junto á la colina donde estaba este heroico rey que había querido ponerse en el puesto más peligroso.

Los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Jorge VI! ¡viva Hannover! hacían temblar el aire como una tempestad.

Al ver este huracán humano que cargaba sobre ellos, los prusianos formaron los cuadros. El primero que encontró la caballería hannoveriana desapareció bajo los pies de los caballos; después, mientras la infantería los fusilaba por el frente, los coraceros cogieron por el flanco al ejército prusiano.

Este, después de una lucha desesperada, trató de declararse en retirada; pero perseguido con encarnizamiento, se encontró bien pronto en plena derrota.

El campo de batalla quedó por los hannoverianos; el enemigo se retiró hasta Götba.

Los resultados fueron: ochocientos prisioneros, dos mil hombres entre muertos y heridos, dos cañones cogidos.

Después de haber recorrido el campo de batalla para consolar á los heridos, el rey entró en la ciudad de Langensalza.

La situación hubiera sido excelente, si en este momento los bávaros hubiesen venido á efectuar su unión con los hannoverianos.

El siguiente día de la batalla de Langensalza se pasó en esperar noticias del ejército bávaro, y en enviarle nuevos correos.

Los prusianos estuvieron tranquilos: habían sido demasiado batidos la víspera para no tomarse un día de descanso.

El príncipe Carlos de Baviera continuaba sin dar señales de vida; estaba como Greuchy en Waterloo, invisible.

Al tercer día, á eso de las once de la mañana, las avanzadas anunciaron un cuerpo de ejército considerable que avanzaba en dirección.

¿Serían por fin los bávaros? ¡Ah! no: era un cuerpo de ejército prusiano á las órdenes del general Manteuffel.

Todo el pequeño ejército hannoveriano, que, entonces, no contaba más que quince mil hombres, se encontraba rodeado, cercado por treinta mil prusianos.

Por la mañana, á medio día, un oficial superior vino como parlamentario de parte del general Manteuffel á proponer al rey que se rindiera.

Jorge V respondió que sabía perfectamente que estaba cercado por todas partes: pero que él, su hijo, su estado mayor, sus oficiales, sus soldados, estaban decididos á hacerse matar, desde el primero hasta el último, si no se les ofrecía una capitulación honrosa.

Al mismo tiempo reunió un consejo de guerra que declaró por escrito que por unanimidad de votos se deseaba una capitulación siempre que la capitulación fuese honrosa.

Capitular era urgente. El ejército no tenía más que trescientos tiros de cañón que poder disparar. No había viveres más que para un día.